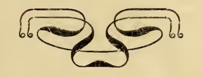
RAMÓN DE SOLANO Y POLANCO

LAS DOMADORAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
1910

A Cármen Matiel

su afmo amigo

admirador

Ramón de Solano

LAS DOMADORAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN PROSA

POR

RAMÓN DE SOLANO Y POLANCO

Estrenada en el Teatro príncipal de Santander

el 16 de Marzo de 1910



Imp. "La Propaganda Católica". — Santander

1910

Á Francisco A. de Villagómez

Usted, mi querido amigo, dióme ánimos y alientos para llevar al Teatro esta humilde Comedia; honróla por modo singular estrenándola la noche de su beneficio, la avaloró con su admirable labor personal y dirigió, como usted sabe hacerlo, la de aquellos meritísimos artistas que entonces formaban su Compañía dramática. Ello fué como vestir al desnudo ó como aliñar y pulir el traje de algún rústico, cambiando en sedas sus andrajos y adornando su pobreza con joyas de gran precio y hermosura. Y porque yo no soy ingrato y porque no tengo otra manera de probar á usted que no lo soy, quiero dedicarle esta Comedia por más que nada valga, que si de mi voluntad dependiera, ella dejara atrás las obras del glorioso Shakespeare y quien da lo que tiene no está obligado á más.

RAMÓN DE SOLANO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FERNANDA, (18 años)...............	**Sta. Alvarez Segura.**
ROSA, (17 años)......................	**Sta. Quesada.**
Doña PACA, (65 años)...............	**Sra. Molgosa.**
Doña VICENTA, (64 años)...........	**Sra. Segura, (J.)**
Don CÉSAR, (68 añcs)...............	**Sr. Villagómez.**
CARLOS.............................	**Sr. Calvo. (R.)**
Una CRIADA.........................	**Sta. Rodriguez.**

La acción en una villa con pretensiones. – Época actual.—Otoño.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de gente acomodada, pero muy "á la antigua"; orden exagerado en todo, y suma y brillante limpieza; gran simetría en muebles y cuadros; nada de modernismos. A la derecha balcones, en primero y segundo término. A la izquierda puertas que comunican con el interior de la casa. Al foro gran puerta que se supone da al jardín; puede ponerse forillo de jardín. A la izquierda, y en primer término, un velador antiguo, y sobre él un servicio de té. Dos butacas junto al velador y sillas al lado de este y repartidas por la escena. A la derecha un sofá, á modo de estrado, entre dos sillones.

ESCENA PRIMERA

D.ª VICENTA.—D.ª PACA.—ROSA.—Luego CRIADA.

Doña Vicenta y doña Paca, junto al velador, ocupan sendas butacas en actitud de espera y con muestras de impaciencia; visten, con lujo severo y sobrio, trajes no muy á la moda en los cuales, ni en el peinado, no ha de haber nada grotesco ni ridículo. Rosa está al balcón mirando hacia la calle; su traje es rico, pero poco ostentoso, revelando afectada modestia y parquedad.

PACA Van á dar las seis y media.....

VICENTA ¡Es un escándalo!

ROSA (desde el balcón y volviéndose á las señoras) ¡Mamá, no vienen!

VICENTA Sigue mirando, hija mía.

PACA Vicenta: nuestro hermano debe estar algo trastornado.

VICENTA ¡Ya se sabe: en cuanto sale con Fernanda....!

PACA Yo creo que á esa chiquilla no debemos llamarla Fernanda.

VICENTA ¡Claro! ¡parece que nombramos á una señorita de nuestro igual!

PACA ¡Es darle muchas alas! ¡la hija de un administrador de casa!

VICENTA Bien; pero ¿cómo vamos á llamarla?

PACA ¡Pues «la hija de Braulio»!

VICENTA Cuando hablemos de ella, bien está; pero cuando á ella nos dirijamos no vamos á decir: «oye, hija de Braulio».

PACA (suspirando) En tiempos de la Biblia sí que hubiéramos podido: ¿no recuerdas aquello de «José, hijo de Jacob»?

ROSA (desde el balcón y volviéndose como antes) ¡Mamá, no vienen!

VICENTA Sigue mirando, hija mía.

PACA Es un dolor: con sus entusiasmos por Fernanda, César tiene postergada á esta pobre criatura.

VICENTA Y más vale; peor fuera que la educase como está educando á... á la hija de Braulio. ¡Es escandaloso! Un día la trae una pieza de música con portada inconveniente... .

PACA ¡Atroz: un hombre y una mujer solos!

VICENTA Otro día le regala un frasco de perfume que cuesta un sentido.....

PACA ¡Un sentido! ¡mira que un sentido para oler!

VICENTA .... perfume que luego usa ella, como las perdidas,

PACA Como las cocotas.

VICENTA Otro día.....

ROSA (volviéndose como antes) Mamá ¡no vienen!

VICENTA ¡Bien, hija, sigue mirando y no interrumpas á los mayores!

ROSA (humilde) ¡Perdóneme usted, mamá!

VICENTA ¡Qué buena!

PACA ¡Un ángel!

VICENTA ¿Qué estábamos diciendo?

PACA Que otro día.....

VICENTA Pues sí, Paca, esas son necesidades carísimas y lujos impropios de una joven modesta. ¡Ya vés tú: la hija de Braulio, la hija de un administrador, ¿cómo va á sostener esas necesidades, ¡tiene que acabar mal!

PACA A no ser que ese loco de César la deje heredera.

VICENTA Ya sabes que no ha hecho testamento.

PACA Pero el mejor día puede hacerle.

VICENTA ¡El peor día!

PACA Y hay que tenerle contento, pues él es el amo de todo.

VICENTA Es que si no fuera por eso ya le cantaría yo las verdades.

PACA Ya le cantas alguna.

VICENTA Siempre con suavidad.

PACA Con regular suavidad. Lo cierto es que á generoso nadie le gana.

VICENTA ¡Pero á veces suelta cada atrocidad! El otro día me dijo que, en lugar de comprar tantas golosinas, deberíamos comprar *añadidos* y *rizos* ¡figúrate tú!

PACA ¡Llamar golosinas á las yemas y á los caramelos!

VICENTA ¡Exageraciones, mujer, exageraciones! Ya ves: «añadidos» ¡qué falta de modestia!

PACA ¿Si querrá que nos lancemos al mundo?

VICENTA No lo creas: lo dijo para llamarnos viejas!

ROSA (desde el balcón) Mamá.....

VICENTA (severa) ¡Te he dicho que no interrumpas!

ROSA Pero si es que.....

VICENTA ¡Es que nada! ¡no se replica á los mayores!

PACA ¿Sabes que mejor será que lleven á calentar el té? Debe estar helado.

VICENTA Sí, sí: ¡son unas horas! (llama y entra una criada) Llévese usted esto y que no se enfrie! (Sale la criada con el servicio y apenas sale, entran don César y Fernanda.)

ESCENA II

DICHAS.—D. CÉSAR.—FERNANDA.—Luego CRIADA.

Don César es tipo de militar retirado, pulcro y simpático. Fernanda viste traje alegre y fresco y respira sencillez y elegancia natural.

CÉSAR (entrando) ¿A que no sabeis que huésped voy á traeros?

VICENTA ¿Pero por dónde habéis entrado?

CÉSAR Pues por la puerta.

VICENTA ¡Y no ha dicho nada Rosa, y estaba ahí sólo para eso!

ROSA Mamá, si fuí á decirlo y usted no me dejó!

VICENTA ¿Es eso una censura? ¿te atreves á hacer cargos á tu madre?

ROSA No son cargos, mamá: iba á decirlo y.....

VICENTA ¡Silencio he dicho! ¡á los mayores no se les replica!

CÉSAR (con sorna) ¡Claro, mujer!

VICENTA ¿Por qué dices «claro mujer»?

CÉSAR Porque es claro que Rosa no debe hablar ni contestaros hasta que sea mayor que vosotras..... ¡y tiene que esperar algo!

PACA (aparte) ¡Qué soez!

FERNAN. Padrino, ¿no decías que tenías apetito?

CÉSAR Y sí le tengo: pero no veo el té.

PACA Más de media hora ha estado esperando.....

ROSA Al entrar usted se le acababan de llevar.

CÉSAR ¡Hombre, qué bien!

VICENTA ¡Si hubieras venido á la hora..... Pero ya se sabe..... ¡Desde hace algún tiempo no hay orden ni gobierno en esta casa! (Llama y la criada sirve el té) Que sirvan el té.

CÉSAR Pues nada ¡un encuentro muy agradable y un huésped que os traigo: Carlos Ruisanto.....

VICENTA Parece que me suena.

CÉSAR Que te suena á plata. Carlos, el muchacho que estuvo aquí de juez hace ocho años, mi gran amigo, á quien debo tantos favores.

PACA ¿El que heredó?

CÉSAR El mismo, el heredero de doña Sofía.

VICENTA ¿Y heredó tanto como dicen?

CÉSAR No he tenido tiempo de preguntárselo, pero ya se lo preguntareis vosotras. Pues venía yo con Nanducha, en demanda del té, cuando veo uno que me mira, y yo le miro y digo ¡Jerjes, yo conozco á este! y me voy á él y él me abraza, y mucho de ¡«Adiós, don César! ¡Hola, Juez!—¿Cuando vino usted?—Aca-

bo de llegar y estoy en la fonda de Silvino mientras me arreglan Altorre.— Pues nada de fonda ¡en una villa como esta no se puede ir á la fonda! ¡usted se viene á mi casa! ¡Que sí, que no!» y..... ya me conoceis: si no acepta, le traigo de una oreja.

PACA (VICENTA (¡Muy bien, muy bien!

CÉSAR Os advierto que yo hago de la gratitud un culto, y que aunque no hubiese heredado le hubiera traído lo mismo.

VICENTA (Y PACA (Es natural.

CÉSAR No lo es, porque entonces no hubiérais dicho «muy bien, muy bien»! (Pausa) Pues enseguida vendrá; ¡no he tenido tiempo ni siquiera para enseñarle esta flor de Mayo. (por Fernanda)

FERNAN. ¿Es el poeta que escribió *Coronación*, no padrino?

CÉSAR Si, Nanducha: aquel libro que tanto escandalizó á estas reverendas hermanas mías.

ROSA A mí no me le dejaron leer.

CÉSAR Pues mi Nanducha le leyó.

FERNAN. ¡Y es hermosísimo! ¡le sé de memoria!

PACA ¡Miren la bachillera!

CÉSAR ¡Qué bachillera! Doctora, en esas cosas de Arte! En Filosofía y en Teología sabreis más vosotras.

VICENTA Y ese mozo ¿habrá sentado la cabeza con los años?

PACA Naturalmente.

CÉSAR Con los millones, quieres decir. Ahora es una buena proporción.

VICENTA ¡Qué cosas tienes, César!

CRIADA (anunciando) Un señorito.

CÉSAR ¡Que pase, que pase! (Se levanta. Paca y Vícenta se miran y componen el vestido de Rosa que va á sentarse al sofá de la derecha. Entra Carlos por el foro.)

ESCENA III

DICHOS.—CARLOS.

Hombre de treinta y cinco años; traza de artista, pero sin exagerar la nota.

CARLOS (desde el foro) ¡Adiós, doña Vicenta; adiós, doña Paca! Aquí tienen ustedes un huésped importuno; pero la culpa es toda de este coronel tan cariñoso y tan amable.... (se acerca y estrecha las manos de Paca y Vicenta.)

VICENTA ¡Señor Ruisanto!

PACA ¡Señor Ruisanto!

CÉSAR Aquí las tiene usted, aquí tiene usted á mis reverendas hermanas; las dejó usted tomando chocolate con bizcochos y las encuentra tomando té con mucho azúcar.

CARLOS (riendo) Veo que conserva usted el humor.

PACA Sí, sí, tiene muy buen humor.

VICENTA Es muy gracioso.

CÉSAR ¡Hombre, y no le he presentado á usted los pimpollos de la familia! Esta es mi sobrina Rosa, la hija de Vicenta.

CARLOS ¿Pero es esta Rosita, aquella niña que jugaba en el paseo y me pedía caramelos?

CÉSAR Sí, juez, todo se hereda.

CARLOS ¡Muy guapa, está muy guapa! (acercándose á Rosa.)

CÉSAR Eso no lo hereda.

ROSA (tendiendo la mano á Carlos) ¿Qué tal está usted?

CARLOS Bien ¿y usted?

CÉSAR Y esta otra, esta reina de España y sus Indias, es Fernanda.....

VICENTA ¡La hija de Braulio!

CÉSAR Sí: la hija de Braulio: ¿no se acuerda usted de Braulio, el administrador?

CARLOS Sí, señor, mucho; ¿murió Braulio?

CÉSAR (con emoción) Murió el pobre, y esta niña nos ha hecho la merced de venir á vivir con nosotros.

FERNAN. No haga usted caso, señor; don César y sus hermanas me han amparado al verme sola en el mundo. Si mi padre cumplió su deber, ellos se lo pagaron de sobra. (con naturalidad encantadora.)

PACA ¡Calla, charlatana, que eres demasiado desenvuelta! Todavía no has saludado á este señor. ¡No se te pega nada de Rosa!

CÉSAR (airado) ¿Por qué ha de callar, vamos á ver? ¿Por qué es demasiado desenvuelta, vamos á ver? ¿Por qué ha de preguntar, ñoña, «que tal está usted» á quien acaba de decir que está bueno?

VICENTA ¡La edad, César, la educación, César!

CÉSAR ¡Qué edad, si es una mujer! ¡qué educación si la educación no es la domesticación! Nanducha ha hablado como los ángeles, Jerjes, y no consiento que me la domestiquéis como á la otra!.... Sepa usted, amigo Juez, que el pobre Braulio acertó á dejarse matar por defender nuestra hacienda y yo juré que su hija, al quedar sola en el mundo, vendría á mi casa y sería en ella igual que mi sobrina..... ¡Lo juré y lo cumplo, Jerjes! sólo que estas hermanas mías tienen demasiado viento en la cabeza y quieren.....

PACA Queremos educarla, César.

VICENTA Educarla con arreglo á.....

CÉSAR ¡Quereis domarla, Jerjes, quereis domarla, porque sois domadoras de niñas!

ROSA (á Carlos) ¿Tomará usted té?

CARLOS No, no quiero nada (mirando á Rosa) ¡qué guapa es esta chica!

VICENTA Necesitará usted arreglarse, lavarse..... ¡A ver, Fernanda, acompaña á este señor al cuarto grande.....

PACA Y que vaya también Rosa.

VICENTA Si, hija mía, vete tú también.

CÉSAR Y yo también voy..... ¡Jerjes, con las domadoras!

(Salen por primera izquierda Carlos, Rosa, Fernanda y don César,

ESCENA IV

D.ª PACA y D.ª VICENTA.—Luego ROSA

VICENTA Paca, esta es una situación muy delicada.....

PACA Muy delicada, Vicenta.

VICENTA Yo creo que Ruisanto ha de fijarse en Rosita.

PACA Seguramente: siempre fué muy enamorado y muy poeta.

VICENTA No parece mala persona y ya ves lo que dice César: un hombre digno y un Juez no sé qué.

ROSA (saliendo con misterio) Mamá, tia Paca..... yo quisiera que me dieran licencia para decirles una cosa.....

PACA / VICENTA ¿Qué sucede?

ROSA Que Fernanda..... Fernanda.....

PACA ¿Que ha hecho Fernanda?

ROSA Que Fernanda tiene.....

VICENTA ¿Que tiene? ¡acaba!

ROSA ¡Pero me da mucha vergüenza!

PACA ¡Cosa buena no será!

VICENTA Dilo, que yo te lo mando.

ROSA Pues Fernanda tiene..... tiene..... novio. (Con temor)

PACA / VICENTA ¡¡Ave María Purísima!!

ROSA ¡Perdóneme usted, mamá!

VICENTA ¡Pobre hija mia, qué sofocos te hacen pasar esas desenvolturas!

PACA Y tú ¿cómo lo sabes?

ROSA (mogigata) Pues verán ustedes: esta mañana, cuando ella salió, fuí á su cuarto á buscar un dedal..... y no lo encontraba..... y fuí á mirar en su secrétaire y estaba cerrado..... y cogí la llave de la rinconera..... y abrí..... y encontré un papel..... y era una poesía dedicada á Fernanda.

VICENTA ¿De quién?

ROSA De Pablito Corona..... unos versos preciosos..... pero yo no me atreví á leerlos.....

PACA ¡Qué tontería: tu tienes derecho á leer todo lo de esa chiquilla!

VICENTA Pero no sin que antes lo veamos nosotras.

ROSA Por eso no leí los versos.

VICENTA Muy bien hecho ¿y dónde están?

ROSA Aquí los tengo. (saca un papel del pecho)

VICENTA Dame ese papelucho. (se le da Rosa) A ver..... ¡versitos, versitos! (leyendo) «A Fernanda: Silva.»

PACA ¿Quién será Fernanda Silva?

VICENTA Debe ser algún pseudónimo.

ROSA (recitando monótonamente) Silva es una combinación métrica en que alternan los versos heptasílabos con los endecasílabos.

VICENTA (leyendo) «Mi Fernanda adorada..... (recitando) ¡¡Jesús, Jesús y Jesús!!

PACA ¡Con «Mi» y todo! ¡Qué te parece!

VICENTA (leyendo) «Esclavo de tus mágicos hechizos.....

PACA Eso de esclavos y de hechicerías son cosas de paganos.

VICENTA (leyendo) «.....soy ave aprisionada—en la red encantada—en la red adorable de tus rizos».....

PACA ¡No sigas, Vicenta, no sigas!

VICENTA ¡Habráse visto tontuela!

ROSA Ese Pablito hace unos versos muy sonoros.

VICENTA ¡Que sabes tú!.... ¡tú no debes oir esas cosas!

ROSA Pero si me los ha leído usted, mamá.....

VICENTA No importa: esas cosas no se oyen aunque se las lean á una!

PACA Esa chiquilla no tiene educación; ¡mira como á tí no te hace versos Pablito!

ROSA (triste) Es verdad, no me los hace.... ¡como no me ve nunca!

PACA (ap. á Vicenta) Creo que viene Ruisanto..... vámonos. (mirada de inteligencia.)

VICENTA (ap. correspondiendo á esa mirada) ¿Pero les dejamos solos?

PACA (ap.) Naturalmente: es gran partido para ella y hay que darles ocasión.....

VICENTA (ap.) Como quieras. (alto á Rosa) Rosita, cuando salga ese señor, acompáñale un rato.

ROSA (alegre) Bueno, mamá.

PACA Entretenle: es un hombre muy digno.

ROSA Bueno, tía.

VICENTA Nosotras volvemos enseguida.

ROSA Por mí no se apresuren..... yo haré todo cuanto me ordenen.

(Vánse Paca y Vicenta por segunda izquierda.)

ESCENA V

ROSA (se sienta en el sofá y espera con disimulo á que entre Carlos.)
CARLOS (que entra por primera izquierda.)

CARLOS (aparte) ¡Hombre, está sola la niña bonita!

ROSA (sonriente) ¿Va usted descansando del viaje?

CARLOS No estaba cansado; pero si lo estuviera ¿qué mejor descanso que poner en usted los ojos?

ROSA (impulsiva) ¡Póngalos usted!

CARLOS ¿Cómo?

ROSA (turbada) No, nada. ... que se siente usted. (Carlos se sienta junto á Rosa.)

CARLOS ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Parece que fué ayer cuando usted jugaba en el Robledal! Me acuerdo muchísimo: solía usted venir á mí, y registrarme los bolsillos buscando caramelos.

ROSA Sí, sí, yo me acuerdo también. Usted escribía libros y hacía versos.

CARLOS Y los sigo haciendo: es un vicio que no puedo echar de encima.

ROSA Tiene usted que dedicarme algunos.

CARLOS Con mil amores, Rosita, aunque no serán dignos de usted.

ROSA Una silva ¿eh? ¡á ver si me hace usted una silva!

CARLOS Una oda..... ¿qué menos que una oda merece su hermosura?

ROSA Yo se lo agradeceré á usted muchísimo.

CARLOS ¡Es usted encantadora!

ROSA Ustedes, los poetas, hacen encantador todo cuanto tocan con su varita de magos.

CARLOS ¡Hola! ¿á usted le gustan los poetas?

ROSA ¡Si no fueran tan variables, tan inconstantes.....

CARLOS ¿Y quién há dicho á usted que lo son? ¿Há tenido usted algún novio poeta?

ROSA Novio no, pero Pablito Corona me hizo una vez una silva que empezaba: «Mi Rosa adorada.»

CARLOS No es ese, verso de silva, que falta una sílaba.

ROSA ¿Falta una sílaba?

CARLOS Sí,- la composición no era silva, aunque bien pudiera ocurrir que el autor fuese poeta..... ¿cómo no serlo, si la cantaba á usted?

ROSA (coqueta) Usted debe ser algo mentiroso.

CARLOS (ap.) ¡Es encantadora! ¡me está enloqueciendo con ese candor y con esos ojos! (alto) ¿Y por qué? ¿Por qué he de ser yo mentiroso?

ROSA Porque da gusto escucharle á usted y luego no se acordará usted de una.....

CARLOS De usted mientras viva.

ROSA ¡Ay, sí? dígame, dígame por qué... !

CARLOS Por que no sé lo que hay en esos ojos, en esa boquita tan fresca, en ese cabello de seda.....

(Oyese dentro la voz de don César que, riendo alegremente, dice:)

CÉSAR (dentro) ¡Ahora mismo, Nanducha, ahora mismo!

ROSA (ap.) ¡Qué fastidio, ahora que empezaba! (alto) Usted habrá oido muy buenos sermones, no?

CARLOS (ap.) Qué dice esta niña? (alto) Pocos, Rosita, pocos; los hombres oímos pocos sermones.

ESCENA VI

Dichos.—D. César y Fernanda, que entran riendo.

César Pues si usted quiere oírlos quédese en casa una temporada y ya verá los que le predican mis hermanas!

Rosa Tío, ¡usted siempre de broma!

César ¡Menos ahora, que vengo á una cosa muy seria, á un acto diplomático!

Fernan. (riendo) ¡Mi padrino tiene cosas célebres!

César ¡Ah, ¿te parece mal? Pues entonces no lo digo.

Fernan. A mí siempre me parece bien lo que es natural.

Rosa ¿Pero qué historias traen ustedes?

César Pues verá usted, Juez. Nanducha y yo—que parecemos de una edad misma en cuanto nos encontramos solos—estábamos hablando de usted, y de pronto me dice ella: «Padrino, si Ruisanto nos conoció de pequeñas, y nos tuteaba entonces ¿cómo es que há variado el tratamiento?» ¡Ja, ja, ja! ¡Mire usted que es ocurrencia! Y digo yo: ¡Toma pues no había caído en ello! Ventilamos el asunto y convinimos en que no es natural que hable usted con tanta ceremonia á las que conoció unas chiquillas. ...

Rosa Tío, yá no lo somos, y sin permiso de mamá y de la tía no podemos romper con las conveniencias....

César ¡La escuela de las domesticadoras, Jerjes! ¡Ya salieron las conveniencias! (mirando á la puerta) Y ahora salen las domesticadoras.

ESCENA VII

Dichos.—D.ª Vicenta y D.ª Paca, por segunda izquierda.

Paca ¿Están ustedes en sesión?

César Pero nos faltaban los maceros.

Vicenta ¿A que con tanta charla no le han enseñado á usted todavia el palomar?

CÉSAR ¿Pero es tan urgente eso del palomar? (Paca y Vicenta le hacen señas insistentes.) ¡¡Bueno!!

PACA ¡Si es lo mejor que tenemos en casa! ¡Andad, niñas, llevad á Carlos á ver el palomar!

CÉSAR ¡Vamos al palomar!

VICENTA No: tú quédate con nosotras.

CÉSAR No me seduce.

VICENTA (ap. á César) Tenemos que hablar.

CÉSAR Pues ahora me seduce menos. En fin, paciencia: ¡vayan ustedes al palomar y diviértanse mucho!

PACA Y vosotras no andeis mirando los nidos.

CÉSAR ¡Sí; mucho cuidado, palomas, no os perviertan los pichones!

(Se van, riendo, Carlos, Fernanda y Rosa, por segunda izquierda)

ESCENA VIII

D. CÉSAR.—D.ª PACA.—D.ª VICENTA

CÉSAR Empiece el cotorréo.

VICENTA César: tenemos que hablar en serio.

PACA Muy en serio, César.

VICENTA Es cosa importante.

PACA ¡Estás educando pésimamente á Fernanda!

CÉSAR ¡Ya lo sé! me lo habéis contado tres mil quinientas veces! ¡La educo como quiero, Jerjes!

VICENTA La estás enseñando á vivir como una señorita!

CÉSAR La enseño á vivir lo mejor posible, ¿estamos? La gustan los perfumes y le doy perfumes, la gusta la música y le compro música, la agrada instruirse y le compro libros y revistas..... ¿Y qué? os he dicho que es una deuda que tengo contraída con su padre, que Fernanda me tiene encantado, que es mi pasión, que la miro como á una hija y.. .. ¡y que no me mareéis más con vuestras monsergas, Rejerjes!

PACA Bueno, hombre, bueno, todo eso está muy bien, pero considera que no venimos á hablarte de Fernanda, sinó de Rosa.

CÉSAR Las trazas no eran de eso.

VICENTA Y Rosa está aprendiendo muy malos ejemplos.

CÉSAR ¡¡Basta, Rejerjes, que eso no lo consiento!! ¡Malos ejemplos de mi Nanducha? ¡Sois unas cotorronas y unas cuenteras!

PACA ¡Te traemos pruebas, César.

CÉSAR ¡Pruebas, pruebas....! y ¿de qué traéis pruebas?

VICENTA Tenemos pruebas de que.....

PACA De que Fernanda quiere á un hombre.....

CÉSAR (turbado y confuso) ¿Cómo?.... ¿qué?.... ¿á un hombre?.... ¿sin decírmelo á mí?

VICENTA Sí: Fernanda tiene novio y se comunica con él sin licencia tuya ni nuestra. ¡Ahí tienes el resultado de tus mimos y la confianza que puedes poner en ella!

CÉSAR (vacilando y tratando de serenarse) Bueno ¿y qué? ¿queréis que una niña venga á contar á los viejos que está enamorada? ¿no hacen todas lo mismo?

VICENTA No: las niñas bien educadas, como tu sobrina, no andan en noviazgos tontos y frívolos.

CÉSAR (brusco) ¡Porque no podrán, Jerjes! ¡Porque no tendrán quien las mire á la cara, ¡Rejerjes!.... (súbito) Además, eso que decís no es verdad!

VICENTA Toma, César, toma y lée. (le dá el papel)

CÉSAR (después de leer) Bien..... ¿y qué?

PACA ¿Como «y qué»?

VICENTA ¿Te parece bien, á su edad?

CÉSAR Es que si espera á la tuya no tendrá quien la escriba silvas.

PACA No seas groserote: quiere decir que á los años de Fernanda no debe pensarse en esas cosas.

CÉSAR En esas cosas se piensa cuando el corazón lo pide y el palmito lo consiente..... (De pronto) ¿Y cómo demonios habeis adquirido ese papel? (Paca y Vicenta callan) ¡De fijo que vosotras ó alguna como vosotras há ido á registrar á mi niña!

VICENTA ¡Pero César, considera.....

CÉSAR .. ..¡Jerjes, como yo sepa quien es la curiosona y la indiscreta que se mete en lo que no le importa, la arrojo de mi casa!

PACA Cálmate, hombre, cálmate!

CÉSAR ¿Y habláis de educación, Jerjes, habláis de educación? Pues mejor haríais en predicársela á la recotorrísima que os ha dado ese papel! ¡Id á predicársela..... (las empuja hácia la puerta)

VICENTA ¡Pero si no hay motivo para ponerse así.....

CÉSAR (sigue empujándolas) .....¡ahora mismo! ¡id á predicársela ahora mismo!

PACA Tén calma, César.....

CÉSAR (llevándolas hasta la puerta segunda izquierda, por la que hacen mutis) He dicho que os vayáis ahora mismo!.... ¡No me gustan los cuentos, Jerjes, no me gustan los cuentos!

ESCENA IX

D. CÉSAR paseando por la habitación, muy preocupado.

CÉSAR ¡Vamos, vamos!.... ¡que quiere á un hombre!.... ¡Esta juventud!.... ¡Yo debía esperarlo..... los años lo piden!.... ¡Y le querrá más que á mí, mucho más!... ¡Conque dejan á su padre y no van á dejar á un pobre padrino! ¡Y duele, Jerjes, duele que así le echen á uno á segundo término! ¡Y duele, por natural que ello sea, que no digan una palabra ni pregunten nada! ¡Duele, duele, Jerjes si duele!.... Y hay que serenarse, y hay que aguantar..... y pensar..... y olvidar..... ¡al aire libre, César, al aire libre; á respirar, á distraer esta cabeza, ó este corazón, ó este Jerjes de máquina vieja! (Mutis por el foro.)

ESCENA X

Salen, por segunda izquierda, FERNANDA, ROSA, CARLOS, D.ª PACA y D.ª VICENTA.

CARLOS Si que es muy curioso.

FERNAN. Pues entre el padrino y yo lo hemos hecho todo.

VICENTA No seas inmodesta. (hablan ap. las dos señoras y Fernanda)

CARLOS (á Rosa que con él se ha separado de los demás) ¡Cuanta poesía hay en un nido, Rosa!

ROSA ¿Verdad que sí? Un nido es como una casa.

CARLOS Exacto: eso quería yo decir.

ROSA Una casita puesta con cuidado sumo, con todo esmero y elegancia.

CARLOS Amueblada por Amor.

ROSA Con ricos tapices.

CARLOS Ricos son siempre los que el cariño tiende. A las palomas les basta con las propias plumas.

ROSA Con las propias; sin pedir nada á nadie.

CARLOS Y allí, soledad, apartamiento.....

PACA Carlos, ¿quiere usted que salgamos un rato? El paseo está ahora muy concurrido.

ROSA (alborozada) ¿A paseo? ¿vamos á ir á paseo?

VICENTA Sí, hija, sí..... digo, si Ruisanto no tiene inconveniente.

CARLOS Al contrario, señora, será gran placer para mí.

ROSA ¡Qué gusto: á paseo!

CARLOS ¿Es usted aficionada á pasear?

ROSA Mucho; pero nunca salimos á estas horas.

CARLOS No há de prodigarse lo bueno.

VICENTA ¡Pues á componerse, y no tardeis! Nosotras nos pondremos los sombreros.

ROSA Volvemos enseguida.

VICENTA ¿Quieres traer mi sombrero, Paca?

(Vánse, por segunda izquierda, Fernanda y Rosa, y con ellas Paca; esta vuelve enseguida trayendo dos sombreros en la mano, que, durante la siguiente escena, se ponen ella y doña Vicenta, frente á un espejo que decora la habitación. Entra don César.)

ESCENA XI

DICHOS.—D. CÉSAR.—Luego ROSA Y FERNANDA

CARLOS ¿Donde estaba usted, don César?

CÉSAR ¿Quién.. .. yo?.... paseando..... paseando por el jardín.

VICENTA ¿Quieres venir con nosotras á paseo?

CÉSAR ¿Pero vais á paseo? ¿qué novedad es esta?

VICENTA A distraer un rato á Ruisanto.

CÉSAR ¿A distraerle vosotras? ¡pues vaya una distracción!

PACA Vamos todas: vienen Rosa y la hija de Braulio.

CÉSAR ¿Y cómo os decidís á cometer ese pecado? ¡Hace usted milagros, Juez!

PACA No está bien pasear todos los días, pero hoy es una excepción.

CÉSAR Lo dicho: San Juez, Santo milagrero.

ROSA (que sale por segunda izquierda con Fernanda, ambas poniéndose los guantes y con sombrero) Ya estamos listas.

FERNAN. Cuando ustedes dispongan.....

CÉSAR ¿Tú también vas, Nanducha?

FERNAN. También, si tú no te opones, padrino.

CÉSAR Pues me opongo. Tú te quedas aquí conmigo, acompañándome, ¿quieres?

FERNAN. ¡Vaya si quiero! ¡Yo quiero todo lo que quieras tú!

PACA Pues buen provecho.

CARLOS Hasta luego, don César.

(Salen juntos Rosa y Carlos y detrás Paca y Vicenta.)

ESCENA ÚLTIMA

D. CÉSAR.—FERNANDA.

FERNAN. ¿Me quito el sombrero, ó quieres que salgamos?

CÉSAR Todavía las alcanzas; es sólo para decirte una palabra. (Mostrándole el papel) ¿Dónde guardabas estas coplas?

FERNAN. (con muestras de dolor y confusión) ¡¡Padrino!!

CÉSAR ¡Si no te digo nada, hija mía, si no te digo nada .... si es la cosa más natural del mundo!

FERNAN. Precisamente hoy te iba á contar.....

CÉSAR (acariciándola) ¡Si me parece muy bien! Pero dime ¿dónde tenías este papel?

FERNAN. En el cajón de mi escritorio.

CÉSAR ¿Bajo llave?

FERNAN. Si, bajo llave.

CÉSAR ¿Y la llave? ¿dónde dejaste la llave?

FERNAN. En la rinconera.

CÉSAR Pues desde hoy la llevas contigo ó la pones en mi cuarto..... Ahora toma, (dándola el papel) y á alcanzar á la comitiva..... Les llamaré desde el balcón. (Va al balcón y Fernanda le detiene.)

FERNAN. (conteniéndole) Padrino: ese papel, que iba á enseñarte hoy mismo, me le envió ayer Pablo Corona. Son unos versos muy bonitos.

CÉSAR Mira, Nanducha, los versos son detestables.

FERNAN. ¿De veras?

CÉSAR (temblando) A tí te parecerán bonitos por simpatía hácia el autor.

FERNAN. (natural) ¡El autor me tiene sin cuidado! Ni siquiera le he dado las gracias.

CÉSAR Pues debes dárselas; escríbele.

FERNAN. No: mejor será no darle gracias.

CÉSAR (emocionado) De manera que..... ¿no le quieres (despacio) no le quieres más que á tu padrino?

FERNAN. (con mimoso arrebato y marcándolo mucho) ¡¡Eso ni á él ni á nadie!!

CÉSAR (haciendo esfuerzos para que no vea Fernanda que tiene lágrimas en los ojos) ¿Ni á él, ni á nadie?. .. (ríe nervioso) ....¡Anda, Nanducha, anda! quítate ese sombrero y abre el piano, que allá voy ó oirte la catorce de Beethoven.

FERNAN. En medio minuto estoy lista. (Váse ligera por segunda izquierda. Don César se sienta y se enjuga los ojos. Páusa. Domina la emoción y, de pronto, muy alegre, da un puñetazo en el velador y dice con entusiasmo.)

CÉSAR ¡¡Ni á él ni á nadie, Jerjes, ni á él ni á nadie!!

(Oyese, dentro, el Adagio de la Sonata 14 de Beethoven: "Claire de lune„ Al oirle don César se levanta, emocionado, muy despacio y, en tanto que el telón desciende muy lento, dirígese á la puerta segunda izquierda, temblando y riendo con inmensa ternura.

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto primero. Junto al velador hay una silla baja y un cestillo de labor.

ESCENA PRIMERA

ROSA.—CARLOS.

Carlos lée, reclinado en el sofá; pónese en pié al ver entrar á Rosa.

ROSA ¿Estás solo?

CARLOS No: estoy con tu recuerdo que siempre me acompaña, así que nunca puedo estar solo.

ROSA ¿Me esperabas?

CARLOS Sí; ví aquí tu labor y comprendí que no habías de tardar.

ROSA Pues se equivocó tu intuición amorosa: esa labor es de Fernanda.

CARLOS En toda cesta de labor hay encerrado un hogar.

ROSA ¡Qué cosas se te ocurren!

CARLOS Parece que las mujeres ponéis en esos trabajillos manuales algo misterioso, algo como la aspiración de ser ama de casa, de trabajar para el marido, para los hijos.

ROSA ¡Carlos, Carlos, que no está bien hablar de hijos!

CARLOS Además os instaláis. Mira, un escritor Montañés, poeta escogido, prosista maravilloso, dice que cuando una mujer se sienta en cualquier lado y deja junto á sí algo que le acompañe, trapos, libros, menesteres de costura.... ¡cualquier cosa!, parece que «pone casa», según el instinto de orden que desarrolla.

ROSA Es muy gracioso; es como aquello que decíamos cuando fuimos á ver el palomar, hablando de los nidos, ¿te acuerdas?

CARLOS Sí; también un nido es un hogar.

ROSA ¡Cuando nosotros tengamos nuestro nidito; cuando... cuando tomemos estado!....

CARLOS ¿Por qué no dices «cuando nos casemos»?

ROSA No le gusta á mamá.

CARLOS ¿Y qué más dá una cosa que otra?

ROSA Lo mismo..... por eso lo digo así, porque lo mismo me dá. Y dime, entonces ¿me comprarás perfumes, perfumes de Houbigant?

CARLOS Sí, alma mía, aunque el de tu hermosura apagará todo otro perfume, y el de la felicidad, el del amor....

ROSA (interrumpiendo) ¿Tendremos automóvil?

CARLOS ¡Si tú quieres.....

ROSA ¡Si quiero, si quiero! Y me enseñarás á bailar ¿no?

CARLOS ¿A bailar? ¿Y para qué quieres tú bailar cuando seas mi mujer?

ROSA ¡Toma, pues para ir á las reuniones, á las reuniones de Madrid!

CARLOS No: tú no bailarás nunca. ... á no ser que quieras bailar en casa, conmigo.

ROSA ¡En casa, en el nido! ¿á quién se le ocurre bailar dentro de un nido?

CARLOS Pues en otro sitio no hás menester de baile.

ROSA ¡Pues yo quiero bailar!

CARLOS No seas inocente, Rosita; ¡ya verás, cuando te cases, como eso es una tontería: ¿qué falta te hace á tí bailar? ¿Crées tú que nadie puede darte algo superior á mi cariño? Pues si cosa mejor esperas de álguien, vé á pedírselo y no te cases conmigo; y en otro caso ¿á qué dejar lo mejor por lo peor?

ROSA Pues me enfado ¡me enfado, si no me dejas bailar!

CARLOS. Te hablo con franqueza: no me gustará.

ROSA ¡Ay, ay, qué hombre tan raro y tan.. .. tan cursi! ¡ya no te quiero!

CARLOS ¡Pero considera.....

ROSA Y tú no me quieres..... ¡Y me marcho, porque voy á llorar!

CARLOS Pero oye, Rosa.....

ROSA Me marcho, y no me busques hasta que sea para decirme que me dejarás bailar..... ¡No puede una tener un capricho! (Se va enojada y haciendo pucheros.)

ESCENA II

CARLOS.—Luego FERNANDA

CARLOS ¡No acabo de entender á esta niña! á veces un candor extremado y una inocencia inverosímil; á veces afán de lujo y vanidad; es adorable su modestia; pero no sabe hablar de amor y se limita á mirarme con los ojazos muy abiertos..... Y ¿qué va uno á pedír, después de todo, más ni mejór que la mirada de esos ojos hondos como misterios, ardientes como la sed de lo desconocido?

FERNAN. (entrando) ¿Estaba usted aquí? Pues, con su permiso, voy á continuar mi trabajo (siéntase en la silla y toma su labor de encaje, que sigue haciendo hasta el final de la escena, en tanto que habla, levantando los ojos á Carlos, de vez en cuando.)

CARLOS ¿Qué labor trae usted entre manos?

FERNAN. Encaje inglés: ustedes no entienden de esto.

CARLOS Yo no entiendo; pero aseguro á usted que el encaje me enamora.

FERNAN. ¡Qué cosa más rara!

CARLOS El encaje tiene algo ideal y vaporoso. ¡Esos hilillos, que se entretejen para componer y sostener un dibujo..... ¿qué dibujo hace usted?

FERNAN. Un dibujo de rosas, de muchas rosas, ¡sólo de rosas!

CARLOS (con interés) ¿Qué dice usted? ¿Por qué dice usted eso?

FERNAN. Porque yo también gusto de la labor de usted.

CARLOS ¿Há leído usted mi libro?

FERNAN. Leí *Coronación* muchas veces y, sobre todo, aquellos dos capítulos de las dos coronaciones: la una en el estudio, cuando María Teresa vá á retratarse y Andrés, enamorado, la llama su musa y su Arte, y su alma.....

CARLOS No: «su alma» no la llama.

FERNAN. Pero debiera llamárselo.

CARLOS ¡Admirable! ¿De donde saca usted esas cosas, Fernanda? ¿quién la enseñó á hablar asi?

FERNAN. Dos maestros: usted y la verdad: á usted le leí; á la verdad la llevo siempre conmigo y á veces no me permite hablar, pero otras no me consiente callar.

CARLOS ¿Y decía usted....? ¡Siga, siga hablándome de mi libro! ¡Si usted supiera qué grato es para un autor ver que se conocen sus obras!

FERNAN. Como para un padre ver que se quiere á sus hijos.

CARLOS ¡Exacto! ¡Es admirable cómo habla esta muchacha! (mirándola con gran interés.)

FERNAN. Pues sí: cuando Andrés llama á María Teresa su musa y ambos se confiesan su amor, y el pintor extasiado coje flores y corona á la niña, escogiendo rosas y más rosas y todas las rosas que preparaba para un cuadro, y derramándoselas á María Teresa sobre la cabeza le dice lo de la corona de rosas, de muchas rosas, ¡sólo de rosas!... Y luego, cuando la pobre doncellita muere y Andrés llega á casa de ella, donde no entró nunca, llevando para la muerta adorada un brazado de rosas y las derrama también sobre el cuerpo querido y las deja en torno de la cabeza rubia: ¡rosas, muchas rosas! ¡todo rosas!.... Es aquello muy tierno y está lleno de una dulzura real y vívida.

CARLOS Si: vívida; vívida..... y muerta.

FERNAN. Por eso no resulta amanerada y romántica en dema-

sía, como el asunto la hubiera hecho, de ser solo obra de la imaginación.

CARLOS (con asombro inmenso) ¡Pero esta niña..... esta niña es un encanto!

FERNAN. (siguiendo en su labor y hablando serena y natural) Y no crea usted que á mí me pasma que después de aquello haya usted vuelto á querer. Yo no soy romántica y sé lo que es la vida: un corazón de poeta, como el de usted, necesita amar siempre y amar mucho y amar á otro corazón vivo.

CARLOS ¡Eso: á otro corazón vivo! Pero ¡es tan difícil encontrarle!

FERNAN. (sonriente) Pues parece que usted ya le encontró.

CARLOS (Después de una pausa y con decisión) Fernanda, siente usted de un modo especial y me inspira usted mucha confianza, así que, en secreto, muy en secreto, confieso á usted que en Rosa véo algo que me apena, que me desencanta: ¡no sabe hablar de amor!

FERNAN. ¡Si apenas hace ocho días que ustedes se quieren!

CARLOS Bastante es para quien acierta á querer.

FERNAN. No digo lo contrario; precisamente yo no estoy conforme conque para amarse sea preciso conocerse mucho y creo que el amor surge de pronto, y pide después amparo á la estimación; halle ó no halle ese amparo, vea ó no vea la debida correspondencia, el amor sigue viviendo, callado, oculto, pero vive. ¡Vive, como esas plantas que dicen que hay en el fondo del mar, muy adentro ¡muy adentro! sin que nadie las vea. ... sino los peces que no las comprenden (esto en tono jovial como para quitar la nota declamatoria) . ...pero que allí viven y allí mueren sin que el sol las acaricie nunca. (un poco triste)

CARLOS Fernanda ¿está usted enamorada?

FERNAN. No puedo responder, porque como no hace falta que usted lo sepa y no me gusta mentir, la Verdad, mi amiga, me ordena callar.

CARLOS (después de una pausa) ¡Bien!.... Pues decía á usted que Rosa no sabe hablar de amor; afirma que me quiere, pero solo se preocupa de vanidades, de cosas anodinas, de todo aquello de que antes no hablaba, de todo cuanto no dice en presencia de su madre y de su tía.

FERNAN. Será que la pobrecilla no tiene costumbre de contar amores y acaso no los sienta todavía tan adentro, tan adentro, como hán de sentirse para darles licencia de subir á los labios.

CARLOS (mirando á la puerta) Ella viene.

FERNAN. (sin interrumpir su labor) Sea bienvenida.

ESCENA III

DICHOS.—ROSA.

ROSA (incomodada) ¡Eso es: y ahora hablando á solas íntimamente con Fernanda! ¡Eso está muy mal hecho, Carlos!

FERNAN. ¿Qué dices, Rosa?

ROSA Digo que Carlos es mi novio.... para que te enteres.

CARLOS ¡Rosa, por Dios!

FERNAN. Y bién, ¿qué importa eso?

ROSA Que tú me tienes envidia.

FERNAN. Yo no tengo envidia á nadie, en cuanto «envidia» vale pesar del bien ajeno.

ROSA ¡Pues yo no quiero que estés á solas con mi novio!

CARLOS (conciliador) Precisamente hablábamos de tí.

ROSA ¡Buenas cosas diría de mí Fernanda! ¡No quiero que estés sola con Carlos ¿oyes? ¡no quiero!.... Porque de fijo te encantan esas intimidades..... ¿á que no dices que no, á que no lo dices?

FERNAN. ¿Cómo he de decirlo si no es cierto? La compañía de Carlos y su conversación de artista inteligente me complacen mucho.

ROSA ¡Esto es inícuo! ¡quieres desbancarme!

FERNAN. Nada más lejos de mi ánimo que molestarte, Rosa. Os dejaré solos.

CARLOS No, Fernanda: dispénsela usted.

ROSA ¡No quiero que me dispense: quiero que se vaya!.... ¡Tiene razón en irse porque me ha ofendido!

FERNAN. Me marcho, pero sin haberte ofendido, al menos á sabiendas. Adios, Carlos. (toma su labor y váse.)

ROSA (después de una pausa) Y ahora me voy yo..... ¿sabes á dónde? á contárselo á mi madre y á la tía Paca, á contárselo todo.

CARLOS ¿Qué vas á hacer, Rosa?

RNSA A pedirles su licencia para querernos tranquilamente: á decirles que Fernanda pretende arrebatarme tu cariño, para que ellas se lo digan á tío César, para que la conozcan, para que vean como agradece el pan que le damos en esta casa.

CARLOS Pero, Rosa, tén calma.....

ROSA ¡Es preciso que esto concluya pronto! (váse.)

ESCENA IV

CARLOS.–Luego D. CÉSAR

CARLOS Yo no sé que me sucede..... ¡no lo sé! Yo no sé que tempestad se ha desatado en mi cerebro y en mi corazón desde hace ocho días. Yo no sé á quien quiero.....¿Las quiero á las dos? ¿prefiero la insinuante belleza de Rosa, ó la serena hermosura de Fernanda, el cuerpo candoroso de aquella ó el alma privilegiada de ésta? ¿Amo los ojos inocentes que sólo á mí se levantaron, ó aquellos ojos de suma inteligencia, aquella mirada de verdad, de ternura, de Poesía, que dá su lumbre á las razones discretas de un espíritu culto, sincero, veraz, ingénuo, no por ignorancia, sino por convencimiento? ¿A qué estoy obligado en conciencia de hombre y en deber de

caballero? ¿á dónde me lleva este destino de Poeta errante, este instinto de mariposa que así que llega á una flor y en su corola se para, vé otra flor vecina, más rica] en colores y en aromas?.... ¿á dónde, á dónde?

CÉSAR ¿Que es eso, Juez, está usted nervioso? ¿le dieron ya algún disgusto las domadoras?

CARLOS Don César: usted es hombre de mucha experiencia y de gran corazón.....

CÉSAR ¿Yo soy hombre de corazón? .....Me parece que á usted le gusta mi sobrina Rosa.

CARLOS Sí, sí..... me gusta y ella me corresponde; pero no es eso. Yo creí querer á Rosa porque no habia visto por dentro á Fernanda.

CÉSAR (con interés) ¿A Fernanda? ¿cómo á Fernanda? ¿qué dice usted de mi Nanducha?

CARLOS Digo que Fernanda se me há aparecido como realización de un hermoso ideal; la escuché conceptos tan grandes, sentimientos tan sublimes que esa niña se me há entrado por las puertas del corazón y de mi corazón parece desahuciar á la otra, para quien sospecho que ya no hay lugar en mi alma.

CÉSAR ¡Pues es usted un lince! ¿á que ahora nos va usted á descubrir que valen más las monedas de oro que las monedas de cobre?

CARLOS No sé lo que vale más, ni sé lo que deseo, ni á cuánto estoy obligado; pero yo adoro á Fernanda. ... ¿qué hacer, don César, qué hacer?

CÉSAR (amoscado) ¿Cómo que qué hacer? ¿Pero usted se figura que no hay más que apuntar para dar en el blanco? ¿Usted cree que mi Nanducha puede corresponder á ese amorazo fulminante? ¡Muy fátuo es usted, querido Juez! ¡No y mil veces no! Para Rosa puede que séa usted demasiado..... para Fernanda es usted muy poco ¿oye usted? ¡muy poco! Mi Nanducha no puede querer á usted, usted no merece que le quiera

esa maravilla de niña! ¡Eso no lo merece nadie..... (con orgullo, después de una pausa) ¡nadie más que yo, Jerjes!

CARLOS (humillado) Tiene usted razón.

CÉSAR ¡Y cómo que la tengo!

ROSA (dentro) Aqui está el tío César.

VICENTA (dentro) Pues vamos á verle.

PACA (dentro) Se lo diremos todo, aunque será inútil.

CARLOS Ahí vienen..... yo me marcho, don César. (váse por segunda izquierda.)

CÉSAR Muy bien pensado..... ¡huya usted, jóven, huya usted de las domadoras, que yo las espero á pié firme. (voz de mando) ¡De frente! ¡Ar! (se vuelve hácia la puerta primera izquierda en la que aparecen Vicenta, Paca y Rosa.)

ESCENA V

DON CÉSAR.—D.ª PACA.—D.ª VICENTA —ROSA.—Luego CRIADA.

VICENTA ¡¡César, César, esto clama al cielo!!

PACA ¡Esto es infame, César!

ROSA ¡Tío, usted tiene que poner remedio á esto!....

CÉSAR (gritando entre el tumulto que arman las tres) ¡Orden en los debates! ¡Orden en la música celestial! ¡Lo primero calma y turno pacífico! Tiene la palabra... cualquiera de ustedes.

VICENTA Mira, hermano, tú nos trajiste aquí á Carlos Ruisanto.

CÉSAR Pero-Grullo te inspira, hermana.

PACA Tú nos dijiste que era un hombre digno.....

CÉSAR Digno..... de no encontrarse con vosotras.

ROSA Usted me le presentó.

VICENTA Y se enamoró de Rosita.

ROSA Y ahora Fernanda me le quiere quitar.

CÉSAR ¿Como es eso? ¿Que te le quiere quitar?

VICENTA Sí: en cuanto há visto que la cosa iba seria y há comprendido que con la fortuna de Carlos podía

emanciparse de nosotras, há comenzado á coquetear con él y quiere conquistarle.

CÉSAR Pues si quiere conquistarle le conquistará, ¿entendéis? Y hará mal en conquistarle, porque si Carlos es bastante para Rosa, es poco para ella.

PACA ¡Muy bién, César, muy bién! ¡si ya se sabe que para tí tu pobre sobrina es menos que la hija del administrador!

CÉSAR Para mí, las niñas domesticadas son menos que las niñas libres, que las niñas buenas, que las niñas sencillas que no mienten ni finjen, que no necesitan esconder el pensamiento, porque es grande, ni el corazón porque es limpio..... Pero yo preguntaré á Nanducha qué hay de cierto en todo este lío que me estáis armando, ella me dirá la verdad y hará su voluntad soberana, que no será otra sinó querer á su padrino. Y para salir de dudas..... de las dudas vuestras, que yo no las tengo, la haremos comparecer ahora mismo á fin de que ella sentencie como reina. (llama.)

CRIADA ¿Llamaban los señores?

CÉSAR Que venga la señorita Fernanda.

VICENTA (con sorna y despecho) *¡La señorita, la señorita!*

CRIADA La señorita há salido á unas compras y volverá pronto.

CÉSAR Pues voy á buscarla. ... ¡A ver, mi sombrero! (se le da la criada.)

VICENTA Y conste que.....

CÉSAR Conste lo que queráis... . ya podeis ir levantando el acta. (Sale.)

ESCENA VI

D.ª VICENTA.—D.ª PACA —ROSA

PACA Estamos lucidas.

VICENTA Así no hay educación posible.

PACA En esta casa no manda nadie sinó la hija de Braulio.

ROSA (llorando) ¡Mamá, yo soy muy desgraciada por ser buena!

VICENTA Sí, hija, sí, por ser buena.

PACA Pues yo creo que todo consiste en Carlos.

VICENTA Y si César se opone ¿qué vamos á hacer?

PACA Carlos es rico ¿qué nos importa César?

VICENTA ¿Pero qué dice Carlos? ¡habla, niña, habla!

ROSA (sollozando) Me quería detener: me aconsejaba calma.

PACA Pues en él consiste todo: yo creo que debes hablarle claro.

VICENTA Pero no vayas á decirle que nosotras estamos enteradas.

ROSA ¡Mamá!

PACA Eso estaría muy mal.

VICENTA Nosotras ni entramos ni salimos ¿comprendes?

PACA Nosotras te autorizamos á que correspondas á un hombre cristiano y digno.

VICENTA Lo otro es cuenta tuya: tú tienes pocos años y es preciso que te inspire tu instinto de mujer.

PACA Como cosa tuya le llamas y le plantéas el problema: «O Fernanda ó yo.»

VICENTA Y que se decida pronto, porque tu tío puede echarlo todo á rodar.

PACA El obstáculo de tu tío es el que hay que vencer.

VICENTA Es preçiso que no pueda oponerse tu tío..... ¡Hay que obligarle!

ROSA (acometida de una idea) ¡Bien: no se opondrá: yo haré que no se oponga! Déjenme sola y váyanse tranquilas.

PACA Que Dios te ilumine.

VICENTA Ya nos contarás..... (Vánse doña Paca y doña Vicenta.)

ESCENA VII

ROSA.—Luego CARLOS

ROSA (Después de quedar un momento pensativa; con resolución) ¡Ea, á Roma por todo! ¡ya estoy harta! tienen razón, ahora ó nunca! Salir de esta vida, de esta pesadez, de este aburrimiento..... tener novio..... tener marido..... tener casa..... y galas y libertad, y ser como Fernanda ¡y todo pronto, muy pronto! (Viendo á Carlos que entra y dirigiéndose á él) Carlos, vén acá, tenemos que hablar.

CARLOS Yo te ruego, ante todo, que no seas precipitada, que no juzgues por.....

ROSA (interrumpiéndole) Nada de eso; no te llamo para darte una escena de celos, sino para algo más importante.

CARLOS ¿Más importante? ¿Y qué es ello?

ROSA (llorando) Yo soy muy desgraciada, Carlos, muy desgraciada! Tú eres mi único amparo, mi sola salvación..... Yo no pensaba en amores: te ví y te quise y eres mi amor primero, mi único amor..... Yo no podré nunca querer á nadie sinó á tí.....

CARLOS (piadoso) ¡Pobrecilla! Ya sabes que.....

ROSA Espera, que no hé concluído; tú ignoras que yo soy una víctima; mi madre y mi tía me tienen esclavizada..... yo no voy ni á teatros ni á bailes ni á conciertos..... ni siquiera paseo. De casa á la Iglesia y de la Iglesia á casa..... No me quejo: no me quejé hasta ahora; pero tú me hás hecho entrever otra existencia, otro mundo, otra vida... .

CARLOS Calla y no llores, que no puedo verte llorar. Si tienes mi palabra ¿por qué te aflijes? ¿á qué esas lágrimas?

ROSA Es que mi madre y mi tía no quieren que me case; desean hacerme religiosa.

CARLOS ¿Contra tu voluntad? ¡Pero eso es una infamia!

ROSA — Yo no puedo oponerme y sólo en ti confío, que sólo tú puedes salvarme. Si tú me abandonas, si faltas á tu juramento de amor ¿qué será de mí en un convento solitario, triste, frio, viviendo del recuerdo de un amor que tú hiciste nacer en mi alma cuando de amor no sabía ella? Pero si me amparas, si me socorres, si me redimes, viviremos en aquél nido, en aquél nido por mí soñado á la mágica evocación de tus palabras de poeta....! (Mientras esto dice acércase á Carlos, mírale al fondo de los ojos y le toma la mano.)

CARLOS — Tienes razón, Rosa, el deber que me ata y obliga.....

ROSA — Por deber nada quiero; todo há de ser por amor.

CARLOS — ¿Todo? Y ¿qué es «todo»?

ROSA — Escucha: yo soy menor de edad. Cinco años me faltan para disponer de mí albedrío y hé de morir si tú antes no me salvas.

CARLOS — ¿Y cómo salvarte, contra la voluntad de tu madre?

ROSA — Mira: esta noche á las diez vendrá á tus órdenes el coche de un antiguo servidor nuestro, muy fiel y leal, á quien yo avisaré. Vestiré un velo espeso, un traje oscuro; partiremos á Madrid .. desde allí escribimos pidiendo perdón y ¡ya verás! nos perdonarán y se decidirá mi suerte.

CARLOS — ¡Eso estaría muy mal hecho! ¡Pagar así la hospitalidad.....

ROSA — Comprando mi dicha ¿Te parece mucho precio quedar en falta unos días para evitar mi desgracia de por vida?

CARLOS — ¿Pero tú sabes lo que dices? ¿Tú has pensado.....

ROSA — ¡En todo pensé, en todo! ¡Veremos quien es antes para tí, yo á quien quitaste la paz y prometiste el amor, ó esas gentes que al fin y al cabo nos perdonarán, como las perdonaremos nosotros.

CARLOS — Yo no puedo.....

ROSA — Podrás, si no eres un cobarde. ¿O podrás, mejor, abandonarme y hacerme infeliz para siempre

CARLOS ¡Rosa, por favor!

ROSA Pues ya veremos quien vence: el Carlos poeta, el Carlos que tomó el único tesoro de amor que yo en el alma guardaba ó el prosáico Carlos, cobarde ante el «que dirán»... Lo veremos... Yo pediré el coche para las diez: ya me dirás lo que decides.. .. (Desde la puerta volviéndose á Carlos) Adios..... y que me quieras!

ESCENA VIII

CARLOS.—Luego FERNANDA.

CARLOS ¡Y luego dirán de las novelas! ¿Qué mejor novela que esta, ni qué conflicto mayor que el mío? De una parte, yo enamoré á esta pobre niña, yo le dí mi palabra ¿cómo abandonarla á su triste condición? De otra parte la franca amistad de don César no puede ser pagada con el rapto de su sobrina..... (Pausa) Y de otra parte tú, corazón, ¿podrías irte á Madrid con Rosa, ó habrías de quedarte aquí con la otra, con la niña poeta, con la dulcísima Fernanda?.... ¡Confiesa, corazón, que si con el deber social luchara el amor hondo de la entraña, sucumbirías, confiesa que si la fuga no hubiera de ser con Rosa, sino con Fernanda, no vacilarías tanto..... Por Rosa no eres capaz de esa infamia; ¡por Fernanda serias capaz de todo! (Entra Fernanda tocada con una pequeña mantilla.)

FERNAN. (sonriente) Ya estoy de vuelta, Carlos. ¿Se calmó Rosita? (quítase despacio la mantilla.)

CARLOS ¡No me pregunte ústed nada, Fernanda! ¡si usted supiera en que lucha estoy metido! ¡Si usted acertara á entender este revuelo de sentimientos y de pasiones que dentro de mi alma se agitan y mueven como mar embravecido!....

FERNAN. Las almas poetas hán de saber nadar.

CARLOS Pero cuando les faltan las fuerzas, cuando las olas

son montañas revueltas y furiosas y el puerto está lejos.....

FERNAN. Un puerto hay que nunca está lejos: el de la Verdad; una tabla siempre á mano del pobre náufrago: la del sentimiento.

CARLOS ¡Hermoso es para dicho y aún para pensado! ; pero en la práctica.....

FERNAN. Las teorías que no se llevan á la práctica no son teorías; son sueños, son el deber conocido á que se falta á sabiendas. (todo con suma naturalidad y sin sombra de afectación ni de tristeza, ni en tono declamatorio.)

CARLOS ¡Si usted supiera!....

FERNAN. Con la verdad por norte no há de temerse nada: sin ella todo. Con el sentimiento real—no con el sentimentalismo—nada puede abatirnos..... ¿No ve usted que sobre todo y por encima de todo está aquella corona que usted me mostró en su libro, en ese libro que me enseñó á amar?

CARLOS ¿A amar? ¿yo hé enseñado á usted á amar?

FERNAN. ¡La corona ideal de rosas, de muchas rosas..... sólo de rosas!

CARLOS (apasionado) ¡Fernanda, dígamelo usted de nuevo, que necesito oírlo! ¿Yo hé enseñado á usted á amar?

FERNAN. Al menos catecismo de amor fué para mí su libro; en amor, pues, tengo á usted por maestro.

CARLOS ¿Cómo puede ser eso, si yo no supe de amor hasta que vi á usted?

FERNAN. ¿Así que usted me quiere?

CARLOS ¡Con el alma! ¡Como las palabras no pueden expresar! ¡Ah Fernanda, ¿qué podría hacer yo para que usted me quisiera?

FERNAN. Díceme mi amiga la verdad que le quiero á usted.

CARLOS ¿Pero es cierto, Fernanda, es cierto?

FERNAN. Como lo fué el amor de María Teresa, la virgen rubia de *Coronación*.

CARLOS ¿Así me quiere usted, así me quieres, como ella que-

ría en mi libro? así, sin temor á los convencionalismos sociales, sin temor á nada ni á nadie, por encima de todo, con valiente decisión, con la altivez de los corazones ingénuos?

FERNAN. ¡¡Así!!

CARLOS ¿Luego tú, Fernanda mía, no te detienes ante Rosa?

FERNAN. ¿A tí podría detenerte eso?

CARLOS Detenerme no, todo lo contrario. Mi compromiso y tu situación en esta casa hacen imposible que en ella se asile nuestro amor; pero eso mismo há de avivar nuestra resolución. Oye: esta noche vendrá á la puerta un coche á mis órdenes. ¡Huyamos! ¡nos iremos lejos, muy lejos, al país de la dicha, que ella vendrá con nosotros cuando Amor nos dé compaña! ¡Huyamos en busca del sol, de la luz, de la soledad amable, dulce amiga de quienes se adoran! (con frenesí.)

FERNAN. (con brío) Carlos: menester es estar ciego para hablar de esa suerte: tú no piensas lo que dices.

CARLOS ¿Y cómo no lo piensas tú del mismo modo? ¿no dices que me quieres?

FERNAN. Te quiero digno y bueno; te quiero noble y grande, no con respetos convencionales á las apariencias, pero con hondo respeto á otros sentimientos, que no todo há de ser amor y dicha egoistas.

CARLOS ¡Amor no dá plaza á nada!

FERNAN. Amor dá plaza, y aún se la pide, á la dignidad, á la estimación propia, á la hidalguía que defiende las puertas de esta casa: á lo que merece mi nombre, el apellido de un padre!

CARLOS ¡Un amor como el nuestro!

FERNAN. Un amor como el nuestro obliga á dar afecto sin medida á los que el suyo, sin regatearle, nos dieron; á ese padrino mio que en el ocaso de su vejez aún acertó á seguir viviendo para cobijarme bajo unas canas que no puedo manchar y para mirarme con

unos ojos que no quiero cegar con lágrimas.

CARLOS El nos perdonará, nos perdonarán todos: es cuestión de pocos días.....

FERNAN. ¡Ni un día, ni una hora, ni un minuto dejaré yo de ser lo que soy ni tú de ser lo que ser debes! ¡Ni un instante de pesar caerá por mi culpa sobre el alma de don César.

CARLOS ¡¡Quien pudiera convencerte!! .....¿sabes tú la dicha que dejamos?

FERNAN. ¿Sabes tú el honor con que me quedo?

CARLOS ¿Honor es antes que amor?

FERNAN. Antes que nada es la honra. Y todavía, si yo á tu impulso cediera, y á mi egoísmo, y rompiese con mis convicciones, todavía encontrarías que no podría quererte. Yo te quiero grande y noble, amparo de mi apellido como yo guarda del tuyo..... villano, traidor é ingrato ¡así yo no te querría!

CARLOS Acaso tengas razón... . pero ¿qué hacemos?

FERNAN. Mirar al cielo y esperar con la frente levantada; amarnos en todas partes y amarnos á todas horas..... ¿te parece poco, Carlos?

CARLOS Pero así.....

FERNAN. Asi mereceremos la corona de nuestro sueño, la de tu poema: corona de rosas, de muchas rosas..... ¡sólo de rosas! (A esto aparece en la puerta del foro don César, que se detiene en ella, oyendo las últimas palabras de Fernanda.)

ESCENA IX

DICHOS.—D. CÉSAR (ceñudo y enojado, se vá excitando gradualmente para ir preparando la escena final del acto)

CÉSAR ¿Qué haces aquí, Nanducha?...! Y usted, señor Juez, ¿qué Jerjes de historias está contando á mi ahijada? ¿Ya se atrevió á repetirle á ella las locuras que antes me dijo?

FERNAN. Padrino, salí á unas compras y acabo de llegar.

CÉSAR No sé lo que veo aquí; no sé lo que hay en el aire,

en vuestros ojos, en vuestras caras, en todo..... ¡¡Yo no sé fingir, Jerjes, yo soy como soy! Traje á usted á mi casa, señor Ruisanto, por el vivo afecto que siempre le profesé... y ¿qué ha hecho usted en mi casa? Há enamorado á mi sobrina... ¡Bueno, eso es lo de menos; allá usted y las reverendas! Pero trata de enamorar á mi Nanducha, á mi tesoro..... ¡y ya no tengo más niñas en casa, que si las tuviera!... ¡Jerjes con los poetas!.... Mi vida, mi paz, era mi Nanducha..... ¿por qué quiere usted robarme lo mejor, lo único, pobre de mí, que en el mundo tengo? ¿para eso traje á usted á mi casa?

CARLOS Basta, don César, saldré de ella ahora mismo.

CÉSAR Yo no soy quien echa á usted.

CARLOS Pero me abre usted la puerta.

CÉSAR Y abierta queda para cuando usted vuelva como amigo leal.

FERNAN. ¡Pero padrino, padrino!

CARLOS Adios, don César: aunque es usted injusto conmigo, yo sé cuanto vale su corazón; doy á usted gracias por sus bondades y pídole perdón.....

CÉSAR ¡¡Perdón por nada, Jerjes; perdón por nada!! ¡¡Guarde cada cual lo suyo y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga, Atajerjes!!

(Carlos sale humilde con lento caminar.)

ESCENA ÚLTIMA

D. CÉSAR.—FERNANDA.

FERNAN. Padrino: fuíste injusto.

CÉSAR Nanducha: tú no mientes nunca.

FERNAN. Nunca, padrino, nunca.

CÉSAR Dime: (con solemnidad) ¿Tú quieres á Carlos? (Fernanda no contesta) ¿Tú quieres á Carlos?

FERNAN. (despacio y con firmeza) Sí, padrino: yo amo á Carlos.

CÉSAR (espantado) Entonces..... ¿era verdad?

FERNAN. Verdad es que le quiero; leí su libro cuando casi no le conocía y en aquel libro aprendí lo que es amor.... Luego, hace una semana, volví á encontrar á Carlos, á quien tú no conoces, porque le vés en la vida de afuera en la que es como otros muchos; pero en la vida de adentro.....

CÉSAR ¿Tú no sabes que quiere á Rosa?

FERNAN. Creyó quererla, y otro hombre vulgar atado quedaría con haberlo creído; pero él halló muy pequeño el cariño de Rosa, buscó otro más alto.....

CÉSAR (dolorido) ¿El tuyo acaso?

FERNAN. Sí, el mío: tenía que suceder.

CÉSAR ¡Paréceme que estoy soñando!.... Y dime, dime, por Dios, tú que no sabes mentir: ¿le quieres más que á mí? ¿más que á tu padrino?

FERNAN. Son cosas diferentes: tú alfombras el camino de mi vida con un afecto de padre bueno... . Él corona mi cabeza con las rosas del amor, con muchas rosas, ¡sólo de rosas! Por tí siento cariño; por él amor.....

CÉSAR ¡No! ¡no valen distinciones!.... dime, Nanducha, mi Nanducha..... ¿ese amor es más grande que mi cariño?.... ¿le amas más que á mí me quieres?

FERNAN. Tú dijiste que yo no sé mentir: Sí: ¡le amo más que á tí! (Oyendo esto don César cáe en una silla y, sollozando, cúbrese el rostro con las manos.)

CÉSAR (entre amargos sollozos entrecortados) ¡Más que á mí! ¡¡más que á mí!!

FERNAN. ¡Dios mío! ¿estás malo, padrino? (Muy alarmada y acercándose á mirarle á la cara) ¡sí, sí!.... (llamando por las puertas) ¡Doña Vicenta, doña Paca, Rosa, ¡que el padrino está muy malo! ¡por favor, vengan, por favor!.... (cayendo de rodillas junto á don César y llorando con infinito desconsuelo) ¡Ah, Dios mío, piedad!! (Cuadro.)

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

ROSA.—CRIADA

Rosa tiene un plumero en la mano con el que acciona en ademán de señora regañona y severa, imitando el tono con que á ella reprenden su madre y su tía en el acto primero. La criada se disculpa, humilde y záfia.

ROSA ¿Qué horas son estas de salir á la calle? ¿te parece bien que yo ¡yo! tenga que arreglar el gabinete, cuando el tío ya vá á volver del jardín?

CRIADA ¡Pero señorita!

ROSA ¡A la señorita no se le replica!

CRIADA ¡Si es que.....

ROSA ¡Es que nada!

CRIADA Yo hé obedecido al señor, que es á quien tengo que obedecer.

ROSA ¿Es eso una censura? ¿Te parece bien dirigir cargos á tu señorita?

CRIADA Yo no dirijo nada. Don César me envió á Altorre y fuí.

ROSA ¿A Altorre? ¿á casa de don Carlos Ruisanto?

CRIADA Sí, señorita.

ROSA (con vivo interés) ¿Por mandado de mi tío? ¿y qué recado llevabas?

CRIADA Que viniera enseguida el señorito.

ROSA ¿Pero no dijo para qué le quería?

CRIADA Nada me dijo sino que viniera don Carlos.

ROSA ¿Y hablaste con don Carlos? ¿te preguntó por mí?

CRIADA Solo por el señor me preguntó. Yo le conté que hace dos semanas le dió un mal muy fuerte, pero ya lo sabía y todas las mañanas viene á enterarse de cómo sigue. Habla con el portero.

ROSA ¿Y qué te dijo de mí?

CRIADA Nada me dijo sino vuelta á preguntar por el señor, y que qué hacía y que si estaba muy abatido.....

ROSA ¿Y no te preguntó por Fernanda?

CRIADA En particular tampoco.

ROSA (satisfecha) ¡Ah!

CRIADA Pero debió ser por falta de tiempo, pues él la tenía mucha ley.

ROSA ¡Qué sabes tú! ¡á tu edad no se habla de esas cosas!

CRIADA Pero si es la señorita la que me pregunta.

ROSA No importa: de esas cosas no se habla, aunque le pregunten á una..... ¿De manera que no te dijo nada de Fernanda..... ni de mí?

CRIADA ¿Hablo?

ROSA ¡Sí, mujer, sí! ¡qué torpe!

CRIADA Pues para nada nombró á las señoritas.

ROSA Y el encargo de mi tío ¿cómo era?

CRIADA Que suplicaba á don Carlos que viniese por aquí á las cinco.

ROSA ¡A las cinco y son las cuatro y media! ¡anda, ayúdame á arreglar esta habitación, que va á venir el tío! (Rosa y la criada comienzan á quitar el polvo y á ordenar la habitación hasta que entra Fernanda.)

ESCENA II

DICHAS.—FERNANDA, por el foro.

FERNAN. El padrino va á llegar enseguida, que ya es tarde para que un enfermo ande al aire libre.

ROSA Me alegro de que vengas, Fernanda, pues tenemos que hablar.

FERNAN. Hablaremos en tanto que acabamos de ordenar el gabinete, que ya falta poco.

ROSA Sí: gracias á mí que hé trabajado mientras la chica estaba en la calle y tú al lado del tío, como siempre.

FERNAN. El pobre no sabe salir al jardín sin mí.

ROSA Ni salir al jardín ni estar en casa; parece que no hay en el mundo más que «Nanducha», como él dice. ¿Podrá vivir sin tí unos momentos?

FERNAN. Tus tías quedaron con él hasta que yo volviera á buscarle.

ROSA (á la criada) Vete tú, que ya no haces falta para nada. (váse la criada) Bueno: aquí, Fernanda, pasan cosas muy extrañas que es menester que tú me expliques. Te lo ruego, te lo exijo.....

FERNAN. Con rogarme basta, para que yo conteste á cuanto tú preguntes y yo sepa.

ROSA Hace quince días que el tío se puso malo.

FERNAN. (con ternura) ¡Pobre padrino!

ROSA Fué en el momento mismo en que Carlos Ruisanto salía de casa, á la que no há vuelto.

FERNAN. Y ¿qué quieres que yo te diga?

ROSA Tengo entendido que diariamente viene á preguntar por el tío; pero fuése sin despedirse de nadie y sin dar las gracias por los días que entre nosotros le tuvimos. Señal es ello de que algo grave ha ocurrido: tú debes saberlo.

FERNAN. ¿Y quieres que descubra un secreto que no me pertenece? Pues te confieso que, si algo supiera de lo que me preguntas, no podría decírtelo, que ello serían cosas del padrino y de Ruisanto.

ROSA ¡Y tuyas Fernanda, y tuyas! Pero sin que nada me cuentes, ya sospecho yo todo lo sucedido. Mamá y tia Paca dijeron al tío que tú me quitabas el novio y el tío que, aunque sea padrino tuyo, no puede olvidar que soy su sobrina, debió afear á Ruisanto su proceder; acaso le arrojó de casa por su veleidad

y por haberse burlado de mí; acaso te hizo á ti reproches y tú te rebelaste y le respondiste con soberbia y el pobre viejo, que no estaba acostumbrado á ello, al ver tu mal comportamiento se puso malo ¡muy malo!

FERNAN. ¡Rosa, por Dios, no digas eso, que sólo oirlo me extremece! ¡Eso no es cierto; tú sabes que eso no es cierto! ¡tú no crées eso!

ROSA Lo créo y también lo créen las señoras. ¿No hás visto que no te hemos preguntado nada? Sabíamos de sobra que tú, reconociéndote culpable, ocultarías la verdad.

FERNAN. La verdad digo yo, siempre, aunque séa en contra mía..... ¡Pero si esto no puede ser, si nadie puede imaginar que tenga yo culpa en la enfermedad de mi padrino! (exaltada) Yo, que desprecio siempre la opinión de los demás y sólo busco la aprobación de mi conciencia, no puedo soportar hoy la idea de que alguien piense que hé dañado á ese segundo padre mío, á cuya felicidad sacrificaría mi vida entera..... ¡No creáis eso, Rosa, no lo creáis, por amor de Dios, por la salud de tu madre!

ROSA Pues hemos de pensarlo mientras tú no nos cuentes lo que sabes.

FERNAN. (airada) ¡Ah! ¿es por eso, es sólo por indagar, es por descubrir un secreto? Pues tén entendido, Rosa, que á mi no me intimidan las amenazas, que todavía, entre tantos y tantos dolores como me abruman, tengo dignidad y tengo fortaleza.....

ROSA (servil y miedosa) No te pongas así, Fernanda, no te pongas asi..... ¡si yo no quiero amenazarte, si es otra cosa!.... Yo estoy muy enamorada de Carlos: ¡es tan bueno, es tan poeta! Tú leiste ya libros de amores y sabes del lenguaje que usa el amor; pero yo no le entendía ni le escuché hasta que le oí en labios de Carlos y envuelto en palabras de miel. Tú, Fernanda, no

sabes lo que es tener el corazón entregado y ver que se le devuelven á una.....

FERNAN. Cierto, pobrecilla, que há de ser tremendo..... ¿Pero tanto le quieres?

ROSA ¡Con toda mi ilusión!

FERNAN. ¡Dios mío! ¿cómo iba yo á sospechar esto? ¡Si nunca la creí enamorada!

ROSA ¡Y quiero morirme ¿sabes? quiero morirme!

FERNAN. Rosa: el trance en que me pones lléname de pena y de inquietud, porque yo también quiero á Carlos, le quiero de amor y en él miro la ilusión de mi vida. A ti y á esas señoras os profeso muy honda gratitud, que en esta casa me tuvísteis por misericordia, y os estoy obligada..... Y el amor mío que es inmenso, halla ahora enfrente de sí la Gratitud, á la que por enseñanza de mi padrino profeso un culto.....

ROSA ¿Renuncias á Carlos?

FERNAN. ¡¡Rosa!!

ROSA ¡Prométeme que no te casarás con él!.... ¡Para no ser ingrata!

FERNAN. ¡Rosa, no te goces en hacerme padecer!

CÉSAR (dentro) ¿Pero dónde Jerjes se há metido mi niña?

FERNAN. (con sobresalto) ¡El padrino! ¡vámonos, hasta que estemos serenas!

ROSA ¿Y por qué hemos de irnos?

FERNAN. El sabe leer en los rostros..... y es preciso evitarle amarguras que pudieran matarle. ¡Anda, vámonos!

(Empuja á Rosa y ambas hacen mutis por primera izquierda.)

ESCENA III

D. CÉSAR.—D.ª VICENTA.—D.ª PACA.—Luego CRIADA

Don César entra, andando trabajosamente, apoyado en el brazo de doña Vicenta, quien le conduce al sillón, cubriéndole las piernas con el plaid. Procure el buen talento del actor no marcar demasiado la dificultad de la marcha ni extremar la nota arrastrando el paso, lo que pudiera resultar desagradable, repulsivo y antiartístico. Por eso há de hacerse rápida la entrada, en cuanto sea verosímil, hasta que don César ocupe el sillón. Habla, don César, desde su entrada.

CÉSAR Pues tampoco está aquí. ... ¿Dónde se habrá metido esa Nanducha?

VICENTA Ya podías estarla esperando en el jardín.

CÉSAR ¡Y sí que la hubiera esperado, porque su brazo es más firme que el vuestro, y su palabra suavísima medicina para mi dolencia. Pero á esta hora espero una visita y no es el jardín lugar de recibirlas.

PACA Pues tén por seguro que Fernanda está en su cuarto tocando el piano ó leyendo algún librote.....

CÉSAR ¡Mi Nanducha estará donde deba estar, Jerjes!

VICENTA No te excites, que pudiera hacerte daño y aunque no tienes cosa grave.....

CÉSAR Ya sé lo que tengo y sé lo que digo. ¡No me vengáis con cuentos ni con disimulos! Ya sé que hé tenido una hemiplejia.

PACA ¡Qué cosas se te ocurren!

CÉSAR ¡Una hemiplejia hé dicho!

VICENTA Pero lo que fuera ya pasó.

CÉSAR Ya sé, ya sé que de esta no me muero y que habréis de tener paciencia; pero no puedo morirme todavía porque tengo que hacer.

PACA ¡Siempre de buen humor!

CÉSAR ¿Cómo de buen humor? Nada de eso, que estoy de muy mal talante. ¡Jerjes con el buen humor y la apoplejía encima con el puño cerrado! Tengo que hacer de verdad, ¿sabéis, reverendísimas hermanas?

Precisamente hoy hemos de celebrar una reunión solemne..... ¿no habéis visto los preparativos?

VICENTA (ap. á Paca) Testamento tenemos.

CÉSAR Por eso espero una visita y sospecho que va á llegar antes de que aparezca mi Nanducha.

PACA Pues ya vés qué prisa se dá en volver á tu lado.

VICENTA ¡Fíate de sus cariños!

CÉSAR ¿No hé de fiarme, Jerjes, no hé de fiarme? ¡Pobre niña mía, cómo me há asistido y cómo me há velado!

VICENTA Y Rosa..... también te velaba Rosa.

CÉSAR Ya sé, ya sé: yo lo veía todo ¿qué os creísteis? Yo lo veía todo y enseguida conocía la enfermera. Rosa pasaba la mitad de la noche leyendo..... algún novelón de fijo.

PACA Rosa no lée novelones.

CÉSAR Delante de vosotras no. Bueno, pues estaba leyendo y cuando yo llamaba, levantábase perezosamente, me daba la pócima y..... á seguir leyendo. La otra mitad de la noche dormía y si por acaso yo la necesitaba, á la de tres acudía.

VICENTA ¿A la de tres?

CÉSAR Sí: á la tercer llamada; primero la voz preventiva «¡Atención!» después la voz de mando «¡Presenten, ta-za!» y luego la voz ejecutiva «¡¡Ar!!»

PACA ¡Pobrecilla, no te oiría!

CÉSAR Naturalmente que no me oía ¡En cambio la otra! ¿vosotras creéis que se echaba, que se reclinaba siquiera? ¡Ni un minuto! A mi cabecera, con los dos ojazos de cielo más abiertos que su alma ¡y yá es decir! Si yo respiraba fuerte ¡Nanducha á ver por qué respiraba fuerte! Si respiraba flojo ¡Nanducha á ver por qué respiraba flojo! ¿Que me quejaba? Ya la tenía preguntándome de qué me quejaba. ¿Que no decía nada? Pues enseguida ella á ver por qué no decía nada. Y en las guardias de la otra, ella siempre de imaginaria. ¡Os digo que me hacía soñar con los ángeles, como sueñan los niños.

VICENTA También nosotras solíamos venir.

CÉSAR Sí y entonces soñaba con la eternidad, con las vidas perdurables, con los siglos de los siglos..... ¡unas pesadillas espantosas!

PACA Génio y figura.....

ESCENA IV

DICHOS.—LA CRIADA.—Luego CARLOS

CRIADA (anunciando) El señorito Carlos.

PACA ¡Carlos!

VICENTA ¡Carlos!

CÉSAR Si: le hé llamado yo, y os ruego que nos dejéis solos.

VICENTA Pero si necesitaras algo.....

CÉSAR ¡Necesito que os marchéis, Jerjes!

PACA Bueno, bueno.. .. ya nos vamos. .

CÉSAR (á la criada) Que pase don Carlos y que nadie entre sin que yo avise.

CRIADA ¿Ni tampoco la señorita Fernanda?

CÉSAR Tampoco la señorita Fernanda.

VICENTA (dirigiéndose, con doña Paca, á la puerta segunda izquierda) Si nos necesitas para algo llama enseguida. (Vicenta y Paca hacen mútis por la izquierda.)

CÉSAR ¡Ya, ya!.... ¿para qué os voy á necesitar?

CARLOS (saliendo por el foro) Don César ¿qué tal? ¿yá está usted bueno? (efusivo)

CÉSAR Así, así; me parece que de esta ya escapé. Siéntese usted, Juez.

CARLOS ¡Si usted supiera cómo deseaba yo verle! ¡si usted supiera cómo hé sufrido por no atreverme á venir!

CÉSAR Lo supongo, lo supongo.....

CARLOS Todos los días preguntaba por usted y al saber hoy que usted me llamaba tuve una alegría de las mayores de mi vida, pues ello parece señal de perdón.

CÉSAR Bien, bien; pero no perdamos el tiempo. Quiero que tratemos aquí, á solas, de algo que me interesa

mucho saber. Míreme á la cara como miran los hombres honrados y hábleme verdad como si á un confesor se la dijera.

CARLOS La verdad diré, que ahora sé amarla como núnca.

CÉSAR En esta pobre vida de viejo, tengo yo un hilo que me ata al mundo..... ya sabe usted cual es.....

CARLOS ¡Fernanda!

CÉSAR Sí: Fernanda. No crea usted que yo aborrezco á mis hermanas, ¿cómo aborrecerlas si son hermanas? Pero sus procedimientos no son los míos, ni mi corazón es hermano del suyo; las tengo compasión porque vén la vida muy pequeña, la conciencia muy oscura y el bien muy limitado. A Rosa la compadezco y hasta la quiero, con un afecto piadoso y tibio.... ¡Pero á mi Nanducha! ¡esa es más que hija mia ... es hija de mi alma, sabe usted? Yo tengo la vanidad de creer que hé formado á esa niña, ¡á esa niña que es..... lo mejor que hizo Dios, Jerjes, lo más perfecto! y véo en ella una rama florida y lozana del árbol de la vida que me sirve de bordón para peregrinar por este árido desierto de la vejez. (llora.)

CARLOS Don César, yo.....

CÉSAR Déjeme, déjeme concluir .... La necesito para respirar, la necesito para vivir y, mire usted: los viejos somos egoístas y sin duda que yo egoistamente debo querer á mi Nanducha, pues si en todo hasta ahora busqué su gusto, fué porque su gusto no la apartaba de mí.... ¡Pero cuando quiso algo.... cuando quiso una corona de rosas, que de mis canas la separaba, entonces sentí dentro de mi pecho un sable que me rajaba este Jerjes de corazón! Un grito de Dios, una voz poderosa, vino á enseñarme que yo era egoísta, y..... y ya no lo soy, Jerjes, ya no lo soy!

CARLOS Ni lo fué usted núnca.

CÉSAR Pero dejémonos de mí y hablemos de ella. Tuve á

usted siempre por caballero intachable y aunque por mucho que usted valga no merece—¿quién podría merecerle?—el amor de Nanducha, creo que mejor que nadie sabrá usted hacerla dichosa.

Carlos No sé si acertaré á tanto. Yo no soy digno de arrebatar á usted.. ..

César ¡Usted no me arrebatará nada!... y si acertará usted ó no acertará á hacer feliz á mí Fernanda, eso es cosa que yo hé de ver. Ahora yo soy el juez y usted el reo; respóndame usted: ¿amó usted á Rosa?

Carlos Estaba ciego y no ví la luz y amé la sombra.

César Eso es poesía pura y ahora hay que dejar la lira ....

Carlos Quiero decir que me encantó el candor de Rosa y me prendó su modestia. Luego ví que su espíritu es pequeño, prosáico, vulgar.....

César Así la educaron, así la domaron, atándola á la soga de la rutina.

Carlos A la vez descubrí á Fernanda, y al hallar en su alma un no se qué.....

César ¡El sol del cielo, Jerjes, el sol del cielo!

Carlos .....sentí que mi amor por Rosa no era amor, y que mi pasión por Fernanda era adoración.....

César Eso ya me lo dijo usted, pero yo necesito saber si como cambió usted ahora cambiará más tarde. Es preciso que me confiese usted si para cambiar ahora, para faltar á una palabra solemne, bastó una impresión de momento. Es menester que yo sepa si es usted tornadizo, volandero, inconstante..,..

Carlos No, don César, no bastó una impresión; algo más hubo que no puedo revelar á usted.....

César ¿Y por qué?

Carlos Porque ello pudiera resultar ofensivo para Rosa...., molesto al menos.

César Piense usted que Rosa es mi sobrina, que lleva mi apellido, que lleva mi sangre.

Carlos Don César: por mi honor aseguro á usted que nada

hizo Rosa en mengua del suyo; pero hay cosas que si nada significan para el honor ni empañan un nombre, bastan para revelar que no puede ponerse en quien las hace, el corazón de un hombre tan..... tan romántico como yo.

CÉSAR ¿Me dá usted su palabra de que no separó á ustedes sino una diferencia de caractéres, de sentimientos?

CARLOS Se la doy á usted.

CÉSAR ¿Me dá usted su palabra de que, á pesar de todo lo ocurrido, no podrá nunca nada ni nadie quitar á mi Nanducha de ese corazón bueno y romántico, en el que Rosa no cabe?

CARLOS ¡Toda mi pálabra, todos mis juramentos!.... ¡Por la memoria de mi madre, por.... por Fernanda, don César, por Fernanda se lo juro y véa si juramento más alto puede exigirme!

CÉSAR Me basta. Ahora calle usted y no intente explicaciones sin que yo las autorice (Llama y sale la criada) Que vengan, enseguida, las señoras y la señorita Fernanda.

CARLOS No olvide usted que há de serme muy violento.....

CÉSAR No olvido nada, nada.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS.—D.ª VICENTA.—D.ª PACA.—[illegible].—Luego FERNANDA

VICENTA ¿Nos hás llamado César? (fijándose en Carlos y con estudiada frialdad) ¡Caballero!

CARLOS Señoras: tengo un placer en volver á verlas.....

PACA No lo parece, á juzgar por la despedida.

CÉSAR ¡Silencio, que lo mando yo!

VICENTA Considera hermano, que yo como madre no puedo.....

CÉSAR ¡Tú puedes callarte ¿entiendes? Sabed, reverendas hermanas, que Ruisanto en nada os faltó á vosotras, ni faltó á nadie, que todo tiene su explicación.,...

PACA Si dá explicaciones.,...

CÉSAR .....y que si se ausentó de esta casa no fué por ingratitud.

CARLOS Dios lo sabe.

CÉSAR Y yo lo sé.

PACA Eso es otra cosa.

CÉSAR Y porque yo lo sé, hé llamado á Carlos para arreglar mis asuntos.....

VICENTA No pienses en eso, César!

CÉSAR ¡Vaya si pienso, aunque á tí te parezca mal!

PACA Puede hacerte daño.

CÉSAR Vosotras sí que teméis que os haga daño.

FERNAN. (entrando) Padrino mío ¿tardé mucho?

CÉSAR ¡Qué hás de tardar, cordera! ¡Vén á darme un beso!

CARLOS ¡Fernanda!

FERNAN. ¡Carlos!

CÉSAR Y á tiempo llegas, Nanducha mía, para comenzar el arreglo de una cuenta pendiente. Vamos por partes. Cárlos ¿quiere usted mucho á Fernanda?

VICENTA César, César, ¿olvidas que Rosa....?

PACA ¿Te hás vuelto loco, César?

CÉSAR No os pregunto á vosotras. Usted, Carlos, me há dicho que adora á Fernanda ¿no es cierto?

CARLOS Cierto es, don César.

PACA ¡Carlos, Carlos, no es usted caballero!

VICENTA ¡Muy bien dicho, Paca, no es caballero!

PACA Ni él ni Fernanda.

CÉSAR No, Nanducha no es caballero, convenido.

VICENTA ¡Es una envidiosa!

FERNAN. ¡Señoras, miren que el padrino está enfermo y tengan compasión! (á don César) Déjate de esas historias y no pienses sinó en ponerte bueno.

CÉSAR Calla tú hasta que te pregunten, que yo también soy domador ahora. No la merece usted, Carlos, no la merece usted.

CARLOS Sí que no la merezco, y por eso no lo logro.

CÉSAR Pero sin usted merecerla ella le quiere: ¡los dicho-

sos versitos, los libracos, las coronas de Atajerjes! Ella le quiere á usted, le quiere á usted más que..... pero no, no digo cuanto le quiere, que no tengo valor para ello: baste decir que la medida es muy grande..... ¡lo sé, lo sé!

FERNAN. ¡Pobre padrino!

CÉSAR Y no lo digo yo solamente: que ella lo diga como á mí una vez me lo dijo, poniendo su alma en sus lábios. Fernanda, ¿tú quieres á Carlos?

FERNAN. Le quiero.

CÉSAR Pues queriéndoos honrada y noblemente ¿quién podrá estorbar vuestro cariño? ¡ni yo mismo, Jerjes, ni yo mismo!

CARLOS ¡Qué bueno es usted, don César!

CÉSAR No soy bueno; pero aprendí á ser justo y todos hán de serlo.

VICENTA ¿Y mi hija?

PACA ¿Qué será de la pobre Rosa?

CÉSAR Lo que vosotros hicísteis que fuera..... Y sobre todo, ni vosotras ni yo podemos sentenciar este pleito, sinó sólo Dios y el juez. Hable usted ahora, Carlos.

CARLOS Sí hablaré, que es hora de verdad.

FERNAN. Hora de verdad es siempre.

CARLOS Confieso yo mi pecado, si pecado hay en ello, y presumo que le hay de lesa galantería, pecado de inconstancia ó acaso de precipitación. Quedé prendado de Rosa desde que entré en esta casa: enamorábame su candor, su modestia.....

PACA Su educación.

VICENTA Que no tienen otras ¡sólo que los hombres!...

CARLOS .....Pronto me sorprendió que Rosa más que de hablar de amor gustaba tratar de asuntos frívolos: de galas, de lujos, de muebles.....

PACA ¡Mujercita de su casa!

CÉSAR ¡No: de la casa de otro, entendámonos!

CARLOS Tenía sed de diversiones, de vanidades, de bailes y saráos.....

VICENTA ¡No puede ser! ¡Si mi hija núnca há baílado, si no sabe bailar!

CÉSAR ¡Por eso mismo! ¡esa es la mía!

CARLOS En cambio Fernanda llenaba su conversación con un grato aroma de sentimiento hondo y veraz: era ingénua y sencilla, gustaba de las delicadezas del espíritu y siempre en sus palabras flotaba algo de idealismo discreto. Señoras: mejor que yo, que solo por acaso y por la confianza que en esta casa tengo, las pude ver, conocen ustedes las habitaciones de una y otra. La de Rosa es obscura, triste, severa, mística y, mejor que mística, ascética; la de Fernanda es blanca, alegre; Arte respira y sano contento. En la de Rosa hay cuadros acromados, estatuítas francesas de Santos que parecen gomosos: en la de Fernanda, el Crísto de Velazquez, la Dolorosa del Tiziano. En la de Rosa flores de trapo en floreros de porcelana: en la de Fernanda un diluvio de flores naturales en vasos de cristal. En aquella el piano cerrado y la costura encima: en esta las Sonatas de Beèthoven..... Y el espíritu de ambas flotaba en todo aquello, y aquella intimidad era un espejo de las almas.

VICENTA Caballero mi hija tiene su habitación como nosotras disponemos.

CÉSAR Y mi Nanducha como ella quiere ¡ahí está la diferencia!

VICENTA Y, sobre todo, no véo que haya motivo para faltar á una palabra.....

PACA .....solo porque le gusten á usted los muebles blancos!

CARLOS ¡Señoras, no es eso! ¡Yo no hablo de muebles, sino de almas!

VICENTA ¡Pobre hija mía! ¡tan buena!

PACA ¡Tan inocente! ¡tan modosita! ¡tan tímida!

CARLOS Sí, señora ¡¡muy tímida!!

PACA Pero hoy los hombres gustan solo de mozas coquetuelas, frívolas, desenvueltas.....

CARLOS Señora ¡que es muy difícil juzgar los corazones ¡Bien quisiera yo justificar el mio, sin mengua de nádie.....

CÉSAR Y justificado está, solo con haberle admitido Fernanda

PACA Pero es preciso aclarar ciertas cosas... .

CÉSAR ¡Silencio, Jerjes, silencio!

FERNAN. Padrino no te incomodes, tén calma.

CÉSAR Es que no os hé reunido aquí para eso. Las cosas son como son y suceden como deben suceder. Cargue cada cual con las consecuencias de lo que hízo y dejemos que ellas dén la razón á quien la tenga y el castigo á quien le merezca. Yo os llamo para cosa más importante.....

VICENTA Mira, César, mejor será que descanses.....

PACA Debieras acostarte.

CÉSAR (pausado) Ya sé lo que debo hacer, que bien pensado lo tengo. Hé determinado testar hoy mismo ¿sabéis? y antes de que el Notario llegue quiero hablar con vosotros. A usted, Carlos, le encomiendo mi Nanducha..... ¡Ámela y protéjala, pero no la domestique ¡no la dome! antes al contrario, tome de ella enseñanzas y consejo, que ella aprendió mucho en su trato contínuo con la verdad. Le lleva á usted el tesoro de su alma, le lleva una educación, no al uso, no cortada con el patrón de la moda, no imitada, no como la educación de las damiselas que ríen ó gritan según rían ó griten las demás, sino reflejo de su personalidad propia, que la tiene exquisita y refinada. Pero, á más de ese tesoro, alguna hacienda quiero yo que lleve. Fernanda será mi heredera.....

PACA ¡César, César, qué descastado eres!

VICENTA No me sorprende: lo sospeché siempre.

CÉSAR A vosotras os dejaré lo suficiente.....

FERNAN. No, padrino, no: yo no acepto lo que en justicia no me corresponde.

CÉSAR ¡Yo soy el amo, Jerjes!

FERNAN. Siempre me digiste que yo lo era; pero aún sin ser-

lo, yo no acepto tu generosidad. Nada necesito para mí: séa todo para tus hermanas, para tu sobrina.

CARLOS ¡Alma grande, corazón generoso!

FERNAN. ¿No opinas tú lo mismo, Carlos?

CARLOS ¡Lo mismo, admirándote más cada día! Nada há de faltarte á tí, que tuyo, y no mío, es cuanto tengo.

FERNAN. Y aunque asi no fuera.....

CÉSAR (entusiasmado) ¡Aprended, domadoras, aprended! ¡Esto es lo que nádie enseña, esto es lo que la domesticación puede quitar y no puede poner: el alma, ó como se llame ese Jerjes de música que canta dentro de las personas buenas! Y, viniendo á nuestro negocio, yo veré lo que hé de hacer y no hemos de tratar ahora estos asuntos, más propios de la soledad y del íntimo conversar con la conciencia. Ahora oid, hermanas mías: esos pajarillos que en el jardín cantan libres y sueltos, saben volar y vivir y si, por acaso, un día traspasasen los lindes de su parque y á otros dominios llegaren, fuerzas tienen en las alas para tornar á su asilo y pronto le encontrarían, viajando por la senda inmensa de los aires. ... ¡Ay: el pobre jilguerillo que vivió siempre encerrado en una jaula, si de ella sale y se lanza libre al espacio, le mirará tan grande, tan grande, que se embriagará de luz y de oxígeno, pero le faltarán sus alas sin ejercicio y sin fuerzas, sentirá el vértigo de la inmensidad y perecerá. No lo olvidéis, que ya lo vísteis.... ¡Nanda, mi Nanducha del alma! Tu padre, aquel espejo de lealtad, há de estar en el cielo de los buenos, porque lo fué como nádie. Pronto iré yo por allá, que tampoco fuí nunca malo á sabiendas, y yá le contaré entonces, (reprime un sollozo) ya le contaré cómo éres, y él sonreirá, si es que las almas sonríen.... Y ya le diré que te dejo coronada de rosas.... de muchas rosas—¿no es así, hijos míos?—¡¡sólo de rosas!! (Cuadro.)

TELÓN

Fin de la Comedia

Precio: DOS pesetas